

respondió á Solon uno de mis progenitores: «yo no he dejado la Escitia, no he atravesado regiones inmensas, ni afrontado las tempestades del Ponto Euxino, sino para venir á instruirme entre vosotros.» Estoy resuelto á no salir de aquí, y voy á devorar los escritos de vuestros sabios; porque sin duda, de sus tareas deben resultar grandes verdades para la felicidad de los hombres. Calias se sonrió de mi resolución, y acaso me compadeció, como se puede juzgar por el discurso siguiente.



CAPITULO XXX.

CONTINUACION DEL CAPITULO ANTERIOR. DISCURSO DEL GRAN SACERDOTE DE CERES SOBRE LAS CAUSAS PRIMERAS.

Soñaba yo una vez, me dijo Calias, que habia sido arrojado repentinamente sobre un camino real, en medio de una muchedumbre infinita de personas de todas edades, sexos y condiciones: caminábamos precipitadamente con los ojos vendados, unos dando gritos de contento, y la mayor parte agobiados de disgustos y pesares. Yo no sabía, ni de donde venia, ni adonde iba. Preguntaba á los que iban al rededor de mí, y

unos me decian : lo ignoramos como vos ; pero seguimos á los que van delante , y vamos delante de los que nos siguen . Otros respondian ; ¿ qué nos importan vuestras preguntas ? Ya veis que nos hostigan estas gentes , y es preciso hacer lo mismo . En fin , otros mas ilustrados me decian : los dioses nos han condenado á andar este camino , y ejecutamos sus órdenes , sin tomar mucha parte ni en las vanas alegrías , ni en los livianos pesares de esta muchedumbre . Yo me dejaba arrastrar de la corriente , cuando oí una voz que decia : aquí está el camino de la luz y de la verdad . Yo la seguí agitado , y un hombre me cogió por la mano , me quitó la venda , y me llevó á una selva cubierta de tinieblas tan densas como las primeras . A poco perdimos el sendero que habíamos seguido hasta entonces , y hallamos una multitud de gentes que se habían extraviado como nosotros . Sus conductores venian á las manos siempre que se encontraban ; porque tenian interes en quitarse unos á otros los que llevaban consigo . Tenian hachas en las manos , y hacian saltar de ellas algunas chispas que nos deslumbraban . Yo mudé muchas veces de guia ; caí continuamente en precipicios ; y muchas veces me vi detenido por un muro impenetrable : entonces desaparecian mis guias , y me dejaban en el horror de la desesperacion . Agobiado del cansancio , sentia haber abandonado

do el camino que seguia la multitud , y desperté con este sentimiento .

¡ O hijo mio ! los hombres han vivido por muchos siglos , en una ignorancia , que no atormentaba su razon . Contentos con las tradiciones confusas que les habian trasmitido sobre el origen de las cosas , gozaban sin intentar conocer . Pero hace cerca de doscientos años , que agitados de cierta inquietud interior , quieren penetrar los misterios de la naturaleza , que no sospechaban antes ; y esta nueva enfermedad del espíritu humano ha sustituido grandes errores á grandes preocupaciones .

Dios , el hombre , el universo : cuando se descubrió que estos eran grandes objetos de meditacion , pareció que se elevaban las almas ; porque nada hay que dé mas altas ideas , ni mas envanezca al hombre , que el estudio de la naturaleza ; y como la ambicion del espíritu es tan activa y voraz como la del corazon , se quiso medir el espacio , sondear lo infinito , y seguir el contorno de esta cadena que abraza la universalidad de todos los seres en la universalidad de sus dobleces .

Las obras de los primeros filósofos son didácticas , y sin adornos : no proceden sino por principios y consecuencias como los geómetras ; mas la grandeza del asunto les da tal magestad , que muchas veces desde el título inspiran inte-

res y respeto, anunciando que se va á tratar de la naturaleza, del cielo, del mundo, del alma del mundo. Demócrito empieza uno de sus tratados con estas palabras respetuosas: *hablo del universo.*

Recorriendo esta coleccion enorme, en que resplandecen las mas vivas luces en medio de la mayor oscuridad; donde se reune el exceso del delirio con la profundidad de la sabiduria; donde el hombre ha desplegado la fuerza y la debilidad de su razon; acordaos, hijo mio, que la naturaleza está cubierta con un velo de bronce; que los esfuerzos unidos de todos los hombres y de todos los siglos no podrán levantar la extremidad de esta cubierta, y que la ciencia del filósofo consiste en conocer el punto donde empiezan los misterios, y su sabiduria en respetarlos.

Hemos visto en nuestros dias, negar, ó poner en duda, la existencia de la divinidad; esta existencia atestiguada siempre por el consentimiento de todos los pueblos. Algunos filósofos la niegan formalmente: otros la destruyen con sus principios; y se extravian todos aquellos que quieren sondear la esencia de este ser infinito, ó dar cuenta de sus operaciones.

Preguntadles, ¿qué es Dios? Responderán: lo que no tiene principio ni fin.—Es un espíritu puro;—es una materia sutil: es el aire;—es un

fuego dotado de inteligencia;—es el mundo.—No; es el alma del mundo, á que está unido como el alma al cuerpo.—Es principio único.—El lo es del bien, la materia lo es del mal.—Todo se ha hecho por sus órdenes, y á su vista: todo lo hace por agentes subalternos....; O hijo mio! adorad á Dios, y no intentéis conocerle.

Preguntadles, ¿qué es el universo? Responderán: todo lo que es, ha sido siempre; y así, el mundo es eterno.—No; no lo es, sino la materia.—Esta materia capaz de todas las formas, no tenia ninguna en particular.—Esta materia tenia una forma, tenia muchas; tenia un número ilimitado de ellas; porque no es otra cosa que el agua, que el aire, que el fuego, que los elementos, que un conjunto de átomos, que un número infinito de elementos incorruptibles, de partículas similares, cuya union forma todas las especies. Esta materia estaba inmóvil en el caos: la inteligencia le comunicó su accion, y apareció el mundo.—No; la materia tenia un movimiento irregular; Dios la ordenó, penetrándola de una parte de su esencia, y se formó el mundo.—No; los átomos se movian en el vacío, y el universo fué el resultado de su union casual.—No; dos son los únicos elementos que han producido y conservan cuanto hay en la naturaleza; la tierra, y el fuego que la anima.—No; se debe

añadir á los cuatro elementos el amor que une sus partes, y el odio que las separa..... ¡O hijo mio! no gasteis vuestros días en conocer el origen del universo, sino en llenar como es debido el corto lugar que ocupais en él.

Preguntadles en fin, ¿qué es el hombre? Os responderán: el hombre ofrece los mismos fenómenos y las mismas contradicciones que el universo, de que es un compendio. Este principio, á que en todo tiempo se ha dado el nombre de alma y de inteligencia, es una naturaleza que siempre está en movimiento.—Es un número que se mueve por si mismo.—Es un espíritu puro, se dice, que nada tiene de comun con los cuerpos.—Pero si es así, ¿cómo puede conocerlos?—Mas bien es un aire sutilísimo,—un fuego activísimo,—una llama emanada del sol,—una porción del eter,—una agua levísima,—una mezcla de muchos elementos.—Es un conjunto de átomos igneos y esféricos, semejantes á esas partes sutiles de materia, que se ven agitarse en los rayos del sol: es un ente simple.—No; es compuesto; lo es de muchos principios; lo es de muchas calidades contrarias.—Es la sangre que circula en nuestras venas: esta alma está repartida en todo el cuerpo; no reside sino en el cerebro, en el corazon, en el diafragma: parece con nosotros.—No; no perece; sino que va á animar otros cuerpos;—pero ella se reune

al alma del universo..... ¡O hijo mio! arreglad los movimientos de vuestra alma, y no os afaneis por conocer su esencia.

Tal es la pintura general de las opiniones aventuradas sobre los objetos mas importantes de la filosofia. Esta abundancia de ideas, no es mas que una escasez real; y este monton de obras que mirais, y se tienen por un tesoro de conocimientos sublimes, no es en efecto mas que un depósito humillante de contradicciones y de errores. No busqueis en él sistemas uniformes, y ligados en todas sus partes; exposiciones claras, ni soluciones aplicables á cada fenómeno de la naturaleza. Casi todos estos autores no son inteligibles, porque son muy concisos; no lo son, porque temerosos de oponerse á las opiniones de la muchedumbre, envuelven sus doctrinas en expresiones metafóricas ó contrarias á sus principios; no lo son en fin, porque afectan ser oscuros, para huir de las dificultades que no han previsto, ó no han podido resolver.

Si á pesar de esto, poco satisfecho de los resultados que acabais de oír, quereis tomar una noción ligera de sus principales sistemas, os dejarán atónito las cuestiones que tratan al entrar en esta carrera. ¿No hay mas que un principio en el universo? ¿Se deben admitir muchos? Si no hay mas que uno, ¿es movable ó

inmovible? Si hay muchos, ¿son finitos ó infinitos, etc.?

Se trataba principalmente de explicar la formación del universo, é indicar la causa de esta prodigiosa variedad de especies y de individuos que presenta la naturaleza á nuestra vista. Las formas y calidades de los cuerpos se alteran, se destruyen, y se reproducen sin cesar; pero subsiste siempre la materia de que se componen: se puede seguirla con el pensamiento en sus divisiones y subdivisiones innumerables, y llegar por fin á un ser simple, que será el primer principio del universo, y de todos los cuerpos en particular. Los fundadores de la escuela de Jonia, y algunos filósofos de las otras escuelas, se dedicaron á descubrir este ser simple. Unos lo encontraron en el elemento del agua; otros en el del aire; otros juntaron la tierra y el fuego á estos dos elementos; y otros en fin, supusieron que desde toda la eternidad habia existido, en la masa primitiva, una cantidad inmensa é inmovil de partes determinadas en su forma y en su especie; y así habia bastado reunir todas las partículas de aire para componer este elemento; todas las de oro para formar este metal, y así de las demas.

Estos diferentes sistemas no tenian por objeto mas que el principio material y pasivo de las cosas; y no se tardó en conocer que era preciso

otro para dar actividad al primero. El fuego pareció á muchos un agente á propósito para componer y descomponer los cuerpos; otros admitieron en las partículas de la materia primera, una especie de amor y de odio, capaces de reunir las y de separarlas sucesivamente. No pudiendo estas explicaciones, ni las que se han sustituido despues, aplicarse á todas las variedades que ofrece la naturaleza, se vieron obligados muchas veces sus autores, á recurrir á otros principios, ó á quedar oprimidos bajo el peso de las dificultades: al modo de aquellos atletas, que se presentan al combate sin haberse ejercitado, y solamente deben á la casualidad, el debil triunfo con que se engrien.

El orden y belleza que reinan en el universo, forzaron por fin al ingenio á recurrir á una causa inteligente. Ya habian llegado á conocerla los primeros filósofos de la escuela de Jonia; pero Anaxágoras, quizá guiado por Hermótimo, fué el primero que la distinguió de la materia; y anunció claramente, que todas las cosas estaban, desde la eternidad, en la masa primitiva, y que la inteligencia obró sobre esta masa, é introdujo en ella el orden.

Antes que la escuela de Jonia descubriese esta verdad, que en realidad no era otra cosa que la antigua tradicion de los pueblos, Pitágoras, ó por decir mejor sus discípulos; pues á pesar de

la proximidad de los tiempos, es casi imposible saber las opiniones de este hombre extraordinario: los pitagóricos, decia, concibieron el universo bajo la idea de una materia animada por una inteligencia, que la pone en movimiento, y de tal modo se reparte en todas sus partes, que no puede ser separada. Se la puede mirar como el autor de todas las cosas, como un fuego sutilísimo, y una llama purísima; como la fuerza que ha sujetado la materia, y la tiene todavía encadenada. Siendo su esencia inaccesible á los sentidos, tomamos para caracterizarla, no el language de los sentidos, sino el del espíritu: damos á la inteligencia ó al principio activo del universo el nombre de *mónada* ó unidad, porque siempre es el mismo: á la materia ó principio pasivo el de *diada* ó multiplicidad, porque está sujeto á toda suerte de mudanzas; y al mundo en fin el de *triada*, porque es el resultado de la inteligencia y de la materia.

Muchos discípulos de Pitágoras han juntado otras ideas á estas expresiones, segun lo han necesitado; pero casi todos han buscado, en los números, algunas propiedades, cuyo conocimiento los pudiese elevar al de la naturaleza: propiedades, que les parecian indicadas en los fenómenos de los cuerpos sonoros.

Si se pone tirante una cuerda, y se divide su-

cesivamente en dos, tres y cuatro partes, se tendrá en cada mitad, la octava de la cuerda total; en las tres cuartas partes, su cuarta; en las dos terceras partes, su quinta. La octava será pues, como 1 á 2; la cuarta, como 3 á 4; y la quinta, como 2 á 3. La importancia de esta observacion hizo dar á los números 1, 2, 3, 4, el nombre de *cuaternario sagrado*.

Ved ahí las proporciones de Pitágoras; ved ahí los principios fundamentales del sistema músico de todos los pueblos; y especialmente el que halló entre los Griegos este filósofo, y perfeccionó con sus luces.

En vista de estos descubrimientos, que se debian sin duda á los Egipcios, fué facil inferir que las leyes de la armonía son invariables, y que la naturaleza misma habia fijado de un modo irrevocable el valor é intervalos de los tonos. ¿Mas por qué siempre uniforme en su marcha, no ha de haber seguido las mismas leyes en el sistema general del universo? Esta idea fué un rayo de luz para unos espíritus fogosos, y dispuestos al entusiasmo por el retiro, la abstinencia y la meditacion: para unos hombres, que tienen por religion el dedicar todos los dias algunas horas á la música, y sobre todo, á formarse una entonacion arreglada.

A poco se descubrió en los números 1, 2, 3 y 4, no solamente uno de los principios del sis-

tema músico, sino tambien los de la física y moral. Todo se volvió proporcion y armonía; el tiempo, la justicia, la amistad, la inteligencia, no fueron otra cosa que relaciones de los números.

Empédocles admitió cuatro elementos, el agua, el aire, la tierra y el fuego. Otros pitagóricos descubrieron cuatro facultades en nuestra alma; y todas nuestras virtudes se derivaron de cuatro virtudes principales. Como los números del cuaternario sagrado producen reunidos el número diez, que es el mas perfecto de todos por esta misma reunion, fué preciso admitir en el cielo diez esferas, aunque no tenga mas de nueve.

En fin aquellos pitagóricos, que dieron un alma al universo, no pudieron explicar mejor los movimientos de los cielos, y la distancia de los cuerpos celestes á la tierra, que valuando los grados de actividad que habia en esta alma desde el centro del universo hasta su circunferencia. En efecto, si se parte este espacio inmenso en treinta y seis capas, ó mas bien, si se imagina una cuerda desde el medio de la tierra hasta las extremidades del mundo, y se divide en treinta y seis partes, á un tono ó semi-tono una de otra, se tendrá la escala musical del alma del universo. Los cuerpos celestes están puestos sobre diferentes grados de esta

escala, á unas distancias que están entre si en las relaciones de la quinta y de las otras consonancias. Sus movimientos, dirigidos conforme á las mismas proporciones, producen una armonía dulce y divina. Las musas, como otras tantas sirenas, han puesto sus tronos sobre los astros: arreglan la marcha acompasada de las esferas celestes, y presiden á aquellos conciertos eternos y halagüeños, que no pueden oirse sino en el silencio de las pasiones, y segun se dice, llenaban de alegría pura el alma de Pitágoras.

Las relaciones que querian unos establecer en la distancia y en los movimientos de las esferas celestes, creyeron otros descubrirlas en las magnitudes de los astros, ó en los diámetros de sus órbitas.

Las leyes de la naturaleza destruyen esta teoría; pero apenas se conocian cuando se inventó: y cuando fueron mas conocidas, nadie tuvo valor para renunciar al atractivo de un sistema concebido y adornado por la imaginacion.

No menos quimérico ni mas inteligible es otro principio admitido por muchos pitagóricos. Segun la observacion de Heráclito de Efeso, los cuerpos están en estado continuo de evaporacion y fluidez: las partes de materia de que se componen, se escapan sin cesar, ocupando su lugar otras que se escapan igualmente, hasta el momento de la disolucion del todo que for-